

La geopolítica euroasiática frente al imperialismo. China, Estados Unidos y Medio oriente (siglo XXI)

Martín Martinelli¹

Resumen: En el presente trabajo jerarquizaremos varias aristas de la geopolítica, ubicando la estrategia estadounidense, en lo concerniente al Medio Oriente y el nuevo imperialismo frente a su contracara, el ascenso de China. Ambos disputan la hegemonía mundial, para lo que Rusia resulta crucial. La región de Asia sudoccidental trastoca en un escenario de disputa efectivo. China hilvana la economía en un despliegue geográfico, mientras EE.UU. buscó imponer su poderío (Libia, Iraq, Afganistán, más las intervenciones en Siria y Yemen; Israel y Palestina; los kurdos o Hezbollah). Además de Rusia, el balance hegemónico lo nivelan las potencias regionales y las rebeliones populares. Examinaremos el rol de Turquía e Irán potencias subimperialistas, Israel coimperial y también Arabia Saudita. Asimismo, estos dirimen sus diferencias en terceros países, sin enfrentarse directamente –como las superpotencias–. Los cambios regionales, van en consonancia, e incluso pueden anticipar, los producidos en el sistema mundial.

Palabras clave: Geopolítica. Imperialismo. Subimperialismo.

Introducción

La región denominada Medio Oriente o Asia sudoccidental es un nudo intersticial del eje euroasiático. Nos interesa analizar las recientes dos décadas en la región desde un punto de vista geopolítico. Nuestro foco estará puesto en el accionar de las potencias mundiales Rusia, China y EE.UU. en esa área nodal, donde las potencias subimperialistas y su actuación influyen respecto a otros actores no hegemónicos. Examinaremos el uso y significado de la noción de nuevo imperialismo aplicable a lo sucedido recientemente en la zona. La intención es examinar luego de las intervenciones de 2001-2003, el desplazamiento geopolítico ocurrido a partir del 2008, acentuado en 2013-2015, para llegar al momento actual.

¹ Universidad Nacional de Luján. Co-coordinador GE Revista Al-Zeytun “Palestina y América Latina” CLACSO. V Jornadas Internacionales de Estudios de América Latina y el Caribe IEALC 2021-
martinellima1982@gmail.com

La zona detenta alrededor del 65% de las reservas mundiales probadas de petróleo y gas del planeta, y es fundamental por su proximidad a China y Rusia. Nuclea pasos centrales para el comercio internacional y sus transportes. Además, el Estrecho de Ormuz en el Golfo Pérsico, el Canal de Suez y el Estrecho de Bab el-Mandeb, más los Estrechos Turcos implican *maritime chock points*. Asimismo, destaca su participación con una de las mayores adquisiciones de armamentos y logística militar.

Irán, Iraq y Afganistán, países estratégicos de Eurasia, pasaron de estar suscriptos a la política occidental a ser designados como enemigos de las mismas, en tres décadas consecutivas, el primero desde 1979 (inmediatamente lo siguió la Guerra Iraq-Irán 1980-88), el segundo 1991 (luego desde 2003) y el tercero 2001, ambos a través de la invasión directa, estos dos circundan al primero.

Mientras se percibe un ocaso del atlantismo (Mazzei, 2021), una puja entre las dos superpotencias, la región de Asia occidental trastoca en un atolladero, escenario de disputa efectivo, durante la segunda mitad del siglo XX y del XXI, es decir desde la independencia política de estos “nuevos países”.

El imperialismo clásico y el nuevo imperialismo

Debemos diferenciar las etapas del imperialismo para dimensionarlo como concepto, y la variación temporal de su significado. Los cambios en los procesos de acumulación fueron alterando la jerarquía geopolítica y las formas de dominación mundial. La etapa clásica se caracteriza por la colonización de espacios, en el periodo entre 1880-1914. La segunda etapa inicia con los enfrentamientos interimperialistas directos y podría periodizarse hasta la década de 1970, con la crisis del petróleo. La etapa de nuevo imperialismo comenzaría luego del desmembramiento de la URSS y las invasiones directas sobre el Medio Oriente ampliado.

Al hablar de nuevo imperialismo, se basa en la concepción tradicional, pero no referimos al sentido clásico de Lenin, que oponía una visión de rivalidad con otra de asociación interimperial (Serfati, 2018). Un breve lapso unipolar es atravesado por dos fenómenos. Un desplazamiento geopolítico, gravita la reemergencia de Eurasia, con Asia Pacífico como locomotora económica. Una asiaticación económica va tomando la posta dejada por dos representantes de la tríada, Europa Occidental y Japón, y por un retroceso estadounidense en varios indicadores económicos. En Medio Oriente, la devastación deja en un estado crítico a diversos países, y entonces, queda allí, la geopolítica euroasiática frente al imperialismo.

Estados Unidos se erige como superpotencia protectora del capitalismo global. Se sirve del complejo militar-industrial y de la ideología del “choque de civilizaciones”. La acción imperial se recrea a través del belicismo y ahí radica una diferencia crucial con la forma de expansión china. No solo se trata de las luchas por el poder, de los individuos o de los países, sino de las tendencias de la acumulación capitalista a escala global (Katz, 2011). Una forma de dominación actual se instituye a través de bases militares en espacios aliados u ocupados por las potencias.

El *neoimperialism* (nuevo imperialismo) compendia cinco características. Primera, el nuevo monopolio de producción y circulación, segundo, el nuevo monopolio del capital financiero, la financiarización económica. En tercer lugar, está el monopolio del dólar estadounidense y la propiedad intelectual, que genera la desigual distribución de la riqueza. Cuarto es el nuevo monopolio de la alianza oligárquica internacional. Esta facilita la base económica para la política monetaria y las amenazas bélicas que la sostienen. El quinto es la esencia económica y la tendencia general. Podríamos afirmar entonces, que el imperialismo es una política de dominación desplegada por los poderosos del planeta a través de sus estados (Enfu y Baolin, 2021).

Las transiciones geopolíticas recientes

Desde la década de 1980 y principios de la de 1990, el capitalismo se reestructuró hacia políticas neoliberales y su fase neoimperialista (Enfu y Baolin, 2021). La recomposición de la nueva Rusia y el crecimiento económico exponencial chino coincidieron con el declive del eje europeo franco-alemán y Japón. La alianza chino-rusa empezó en julio de 2001 con la creación de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), una asociación estratégica integral. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuatro meses después, ocupó Afganistán tras el 11 de septiembre de 2001, en las adyacencias ruso-chinas, con 300.000 soldados (Armanian, 2021).

Las incursiones tuvieron como objetivo abatir a los países no alineados a sus políticas como Irak o Afganistán. Y evitar el fortalecimiento de rivales potenciales como China, nuevo centro de acumulación de capital, dependiente del suministro de hidrocarburos o Rusia. Pero, EE.UU. quedó empantanado en Irak, en una guerra contrainsurgente. Obstaculizó su hegemonía sobre Medio Oriente y sus reservas energéticas, además de que, la recesión de 2008 afectó su economía (Smith, 2019).

La hoja de ruta indicaba como otros de los objetivos a los supuestos “ejes del mal” de la “civilización occidental”. Con ciertas modificaciones, la acusación fue dirigida hacia Siria, Iraq (dos de los nacionalismos laicos más fuertes promediando el siglo XX, con una ideología baazista), Afganistán, Libia e Irán, pero también países de otras latitudes como Venezuela, Corea del Norte, la ahora ex-Yugoslavia y otros que se dispusieran a desarrollar algún tipo de autonomía.

En un contexto de rebeliones generalizadas en los países del Medio Oriente y norte de África, en 2011, la OTAN lideró una invasión sobre Libia. En 2013/14, la oposición chino-rusa impidió el inminente ataque estadounidense-OTAN sobre Siria. Este nuevo orden mundial, mantuvo su escenario de confrontación, por su posición geoestratégica y geoeconómica, por las rutas marítimas y terrestres, por su cercanía al *Heartland* (Mackinder, 2010), y por su preeminencia energética.

EE.UU. utiliza el dólar como moneda de cambio y reserva del valor, y a su ejército vinculado al avance tecnológico (Piqueras, 2019). Párrafo aparte merecería su imperialismo cultural y el occidentalocentrismo en la interpretación de estos temas. La fractura interna estadounidense entre el globalismo de las costas y el americanismo del interior obstaculiza su proyección exterior. Primero Bush, desde 2001, “Guerra contra el terrorismo”, luego 2011, “Pivote asiático” bajo Obama, se aproxima a la “rivalidad entre las grandes potencias” (Smith, 2019).

En la crisis sistémica, conviven una crisis interna de largo plazo y un retroceso económico e industrial, frente a su primacía financiera y tecnológica, desgasta su recuperación imperial. Su crisis no se corresponde con un declive inexorable, como indicaría el atenerse a un enfoque de declive y ascenso de las potencias. El imperialismo estadounidense, como estructura mundial de dominación, es jerárquica con subimperios y apéndices, pero no se trata de una gobernanza mundial (Katz, 2021).

El gigante asiático se consolida como mayor motor del crecimiento económico global, luego de un crecimiento exponencial, y de estar asociada comercialmente a la potencia norteamericana. Su visibilidad resalta a partir del Cinturón y la Ruta, esa apuesta geopolítica en principio pacífica, contrapuesta al nuevo. La rivalidad entre Washington y Beijing es un eje de rivalidad. Sin embargo, China país central, no desarrolla las características imperialistas, siendo la principal invadir países mediante la fuerza, o detentar gran cantidad de bases militares alrededor del mundo.

El desplazamiento geopolítico y la transición histórico-espacial se evidencian en las tres potencias. En China, la superación de la pobreza de ochocientos millones de personas, su

definición como potencia –imperialista o no– y la “Nueva Ruta de la Seda” o Belt and Road Initiative (BRI). Rusia presenta un mayor nivel de intromisión mediante su poderío militar e influencia en la “región pivote (Mackinder, 2010)”. Por el lado estadounidense, su presupuesto armamentístico no impidió frustrar el resultado de sus invasiones.

La Nueva Ruta de la Seda o el Puente Terrestre Euroasiático

El mapa del poder mundial delinea tres principales potencias, por lo cual, hasta ahora la alianza entre la euroasiática y la asiática (que eso no sucediera, fue un objetivo primordial de la americana, durante la Guerra Fría), está siendo concluyente. En 2013, Putin advirtió sobre la pretensión norteamericana de reconstruir un mundo unipolar. Obama reafirmó la “excepcionalidad norteamericana” que le consentiría dirigir el mundo y así defender los intereses mundiales. Esa visión estratégica, semejante a la idea religiosa del “pueblo elegido” (gobierno israelí), ha protagonizado las guerras del siglo XXI. La idea china de reconstruir las rutas comerciales pretéritas de Eurasia se aleja de esa estrategia (Polo, 2013).

El mapamundi está en constante transformación, con altibajos, las potencias que se mantuvieron con papeles más regionales o más mundiales, son Japón, Rusia (y URSS), Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Alemania. En los últimos dos siglos, se avizora el ascenso chino, desde una situación semicolonial, periférica, en una mejora constante con base las transformaciones de la Revolución de 1949. Los últimos movimientos tectónicos denotan la importancia del Índico y el Pacífico, frente a la preminencia anterior del atlántico; si reparamos, en los puertos con mayor actividad del mundo.

Desde su extensión territorial, en el continente euroasiático, gran parte de la población mundial interactúa en una contigüidad terrestre escenario de multipolaridad, recursos, variedad cultural y lingüística. China representa el ascenso de Asia Pacífico; Rusia la potencia político-militar, territorial e inmensos recursos naturales; más la postura del eje Berlín-París (Merino, 2020). Una irrupción geopolítica sin antecedentes cuyo ejemplo más evidente es la erradicación china de la pobreza extrema, en beneficio de cerca de ochocientos millones de personas.

Tanto globalistas como americanistas se inclinan por hostigar al nuevo país central (Merino, 2020) en su proyecto de recuperación de su dominio mundial. La tercera potencia en discordia es Moscú, desafiante geopolítico y militar, no así en lo económico. La prioridad inmediata es el acoso naval en el mar de China, zona vital del comercio mundial (Mearsheimer, 2020). Otra estrategia es la reactivación del QUAD, una especie de “OTAN del Pacífico” junto a Japón, Corea del Sur, Australia, e India. Esta rodearía por fuera el “Collar de perlas” del

corredor marítimo de la BRI. Esas alianzas militares se contraponen a la expansión económica China, liderando la Asociación Económica Integral Regional (RCEP, en sus siglas en inglés), entre quince naciones de la región de Asia y el Pacífico. Lo encabezan China, Japón, Australia, Indonesia, Filipinas y Vietnam.

La estrategia estadounidense de rodear al gigante asiático (Katz, 2021b) es contrarrestada por la alianza ruso-china, que se acopla en parte Asia Central (espacio postsoviético), se inclina hacia Pakistán (tradicional aliado nuclear de EE.UU.), y se incorpora a Irán (tratado de 25 años), faltaría ver el rol de Turquía según la planificación de la BRI (Teherán-Estambul) con la que se intenta llegar a Europa por los corredores económicos.

China ejerce su soberanía en un espacio nacional, con la pretensión de “una sola China”, frente a los vestigios coloniales como Hong Kong y Taiwán. Su aparato militar se moderniza, al tiempo que pregona su actuación pacífica, se prepara frente a algún altercado. El “sueño chino” sería el “retorno a la normalidad histórica”, cuando el Reino del Medio tenía un predominio en la economía mundial. Interrumpido este por el “siglo de la humillación”, desde la Guerra del Opio en 1841 a 1949 con la formación de la República Popular China. El siglo siguiente, hasta 2050, la devolvería a ese epicentro. Desde 2015, se diseñó una hoja de ruta en lo tecnológico, “Made in China 2025”, dirigido a estrechar su brecha; en 2035, fortalecer su posición, y en 2045, encabezar la innovación global (Dierchxsens y Formento, 2021).

La integración económica y la cooperación entre los países de esa ruta y su comunicación con Rusia y Europa, ensamblan la intención de desenvolver el interior del país (como Xinjiang), así como contribuir al crecimiento económico y asegurarse la energía desde Asia central y Oriente Medio. Además de restringir la presencia norteamericana en Asia y construir rutas que el ejército estadounidense no podría interrumpir. La iniciativa de un “cinturón económico” en la antigua *ruta de la seda*, dirigida a los países de Asia central, fue incorporando a las demás regiones del planeta (Polo, 2013).

La innovación es la vía ferroviaria –construida y proyectada– para conectar Eurasia, acompañada de la marítima y la terrestre. A ello se suma Irán, quedaría por verse que sucede con Alemania y Europa en general, y en otro plano con nuestra América. La ruta tiene varios lineamientos: comercial, industrial, transporte, ciencia y tecnología.

La nueva estrategia geopolítica de China extiende su esfera de influencia. En consonancia, sus competidores incrementan la rivalidad geopolítica en la región del Indo-Pacífico (Zhang, 2018: 328-332). La gran estrategia de China se resume en una paz para su economía y su estatus global, así como también estabilizar la situación económica y política global, redundando en un beneficio propio.

El Partido Comunista Chino (PCCh) destaca el “desarrollo pacífico” y un “nuevo tipo de relación de gran potencia” con los Estados Unidos. Integrar una plataforma terrestre para su intercambio global, en el territorio euroasiático desde su país hasta Alemania. Doscientos años de predominio marítimo, las continuadas hegemonías británica y norteamericana, se intercalan con esta resolución terrestre (Gejo, Rebottaro, Keegan, 2020) (reduce hasta un tercio de lo necesario por mar). Transforma la geografía de Asia central y sudoccidental, luego de las invasiones estadounidenses, un tiempo de colaboración (Polo, 2013) que permitiría un “reordenamiento” pero en términos distintos.

Se verifica así, una contraposición entre la forma de inmiscuirse en Medio Oriente. También se ha involucrado Rusia, en 2015, con el apoyo tácito de China. Entonces, la manera diferente de dominar o influir, se observa en varios planos: uno, la inversión armamentística, y otro, el despliegue alrededor del mundo de las organizaciones.

Alianza sino-rusa más Irán, oposición geopolítica al eje anglosajón

La alianza sino-rusa toma mayor relevancia junto con Irán, ya que formaría un triángulo, al que podría adscribir o aceptar Alemania –al menos parcial–. En el caso de Rusia comenzó a recuperar protagonismo en el tablero geopolítico mundial. La geografía rusa pasó de ser el Imperio Ruso a la URSS, su territorio se fue expandiendo y retrayendo. El espacio post-soviético es medular en la competencia mundial por las zonas de influencias y por los recursos. Bajo la OTAN, los anglosajones buscaron cercar militarmente a la URSS y luego a Rusia (Piqueras, 2020).

China luego de ser una potencia mundial y asiática, atravesó un periodo de invasiones e intentos de colonización primero británico y luego japonés, de los cuales se recompuso, para convertirse en una potencia. Y si bien posee armamento nuclear y es parte del Consejo de Seguridad de la ONU, no ha seguido esa política de agresión en otros países. Según los académicos chinos “el consenso de Beijing” desenvuelve un comportamiento circunspecto, una lógica geopolítica del poder agudo (*sharp power*), diferente tipo de injerencia al de las fuerzas solo diplomáticas (*soft power*), o estadounidense de respuestas bélicas duras (*hard power*) e interferencia política. China inaugura el cambio en la geopolítica internacional (Cruz, 2010; Katz, 2021) sin financiarización y sin neoliberalismo, y lo inicia en Asia.

Los dos modelos a nivel mundial se pueden dirimir entre dos estrategias geopolíticas. Una postura imperialista, frente a una maniobra más geoeconómica. Entre ellos se sitúa Rusia, con una tecnología militar de punta. El eje anglosajón, ha pretendido con la inclusión de Francia

y Alemania, difundir el mito de la superioridad europea contemporánea (incluyendo a EE.UU.) y llevarla a la narrativa de la historia mundial, situando a “occidente” en el centro. Tanto la energía como la economía productiva ya no están en dicho eje que ha dominado el mundo desde 1700 (o para algunos desde mediados de 1800) sino en Asia, y sobre todo en el Eje chino-ruso, que busca complementarse con Irán y llegar a Alemania.

La historia china se ha vuelto hacia la antigua ruta de la seda y sus relaciones con el resto de Eurasia. Mientras que el país norteamericano, en una situación geográfica más aislada, ha estado involucrado en guerras a excepción de diecinueve años de su historia. Este reposicionamiento chino, viene a contradecir la visión eurocéntrica y la revalorizar historia asiática. Otra cuestión es si China se autopercebe como nación, imperio o civilización.

La política del pivote asiático estadounidense y por ende de la OTAN, se contraponen al involucramiento en todos los niveles que plantea la BRI. Estados Unidos es imperialista, su posición es de agresión, los lugares adonde dirige sus flotas están a miles de kilómetros de su territorio. China asume una reacción defensiva (Guigue, 2020). Otra diferencia, es el nivel de planificación a largo plazo, así como también influye su ubicación geográfica y peso demográfico.

Potencias subimperiales Turquía e Irán, coimperial Israel y Arabia Saudí

Las transformaciones en una región principal para la competencia hegemónica se reflejan o anteceden a variaciones sistémicas mundiales. Allí se dirime una parte sustancial de las tensiones a nivel mundial, a través de enfrentamientos indirectos, de las rebeliones populares, de las fluctuaciones en las alianzas. La cuestión de los gendarmes periféricos utilizados en el último siglo por la potencia norteamericana no contradice la independencia de actuación de esos países, pero sí confirma el nivel de intervencionismo en la región. Basta observar los sucesivos mapas de Medio Oriente, sus independencias y sus enfrentamientos bélicos (1948, 1967, 1973, 2001, 2021) para constatar la atmósfera de confrontación.

Luego de la implosión de la Unión Soviética, se delinea una reconfiguración del mapa, simbólica y material (Martinelli, 2020), que repercutió en la belicosidad regional, cuando EE. UU. invade a los países que había apoyado en la década previa de los ´80, Iraq (frente a Irán) y Afganistán (el “Vietnam” de la URSS). El propósito de dominación mundial, en el siglo XXI, pasa por la energía y la seguridad. Esa beligerancia estuvo amparada por la caracterización del enemigo musulmán como el adverso *per se* de “occidente” en reemplazo del “Oso rojo” (Martinelli, 2020).

En las dos décadas recientes, 2001-2021, algunos factores entrelazados del sistema mundo incidieron sobre el Medio Oriente extenso. Estados Unidos comienza sus invasiones directas sobre la zona en Iraq (1991, 2003-2021), Afganistán (2001-2021), en medio, la crisis capitalista de 2008, Libia (2011), injerencia en Siria (2012) y en Yemen (2015). Además, el apoyo incondicional a Israel frente a los palestinos y Hezbollah, la alianza con Arabia Saudita y la aparición del ISIS (2014), más el acuerdo nuclear con Irán (2015). Esas incursiones quedaron atascadas hasta la actualidad, con países devastados, miles de refugiados, y consecuencias sociales críticas.

Las subpotencias ubicadas en Medio Oriente, Turquía, Irán, Arabia Saudita e Israel, tienen ambiciones de dominio en diferentes zonas de influencia. Se perciben como herederas de los Imperios Otomano y Persa los primeros. Para Arabia Saudita, habría que indagar si es así respecto de las expansiones árabo-musulmanas al Norte de África y Europa. En el caso de Israel, las nociones del Gran Israel no se condicen con algún imperio efectivo de la antigüedad. En un punto, esto se equipara con las percepciones que tienen los rusos y chinos de sí mismos, y se diferencia de los estadounidenses por ser una colonia que se convierte en Imperio.

Rusia e Irán, o Turquía y Arabia Saudí (con ciertas ambigüedades), entre otros, afrontan el poder estadounidense en la región. Los conflictos bélicos en Afganistán, Iraq, Libia, Siria o Yemen permanecen inconclusos, hasta que se acuerde un nuevo reparto de áreas de dominio. Sus gobiernos intentan garantizar su supervivencia, así como mantener sus lazos con el centro del poder capitalista y sosegar la oposición en el interior. Las guerras generadas por la OTAN perturbaron la existencia de al menos cien millones de personas en esta región, en las recientes tres décadas (Armanian, 2021).

El carácter subimperial de Turquía, miembro de la OTAN y vinculado con el Pentágono, se comprueba en su intervención en los conflictos regionales, su represión a los kurdos o las controversias con Irán. Sin embargo, oscila entre la asociación y ciertas disidencias respecto de Estados Unidos. Turquía es un lugar de paso y de conexión, la diferencia con sus vecinos, es que no se sustenta en reservas de gas natural y petróleo. Por lo tanto, se apoya en el comercio y el turismo que requieren buenas relaciones (Mazhari, 2021).

Con su territorio, Irán domina el Golfo Pérsico, es un puente entre Asia Central o China hacia el Mediterráneo. Es tanto aliado de Rusia y China, como esencial para la proyección de India (construyó un puerto en Irán, para evitar Paquistán) en Asia Central y sudoccidental, con Rusia son sus principales abastecedores de petróleo y gas. Para China, Irán es un país trascendental en la BRI por su posición. Para Rusia, se trata de un socio indispensable, para neutralizar la V Flota de EEUU, que tiene su base en Qatar. A su vez, el eje Irán-Iraq-Siria-

Líbano (con Hezbollah) y Palestina (con Hamas) constituye una oposición a Israel y los estadounidenses en la región (Zamora, 2019: 50).

El papel de esta región pasa por la energía global (producción, tránsito), los refugiados, la seguridad del Golfo Pérsico, la no proliferación nuclear, el islam político, los actores no estatales (como Hezbollah y Hamas), la cuestión israelí-palestina, guerras civiles como en Siria, tensiones regionales (como la rivalidad saudí-iraní), el BRI chino (Forough, 2021: 292), más la independencia de los subimperios, las revueltas populares, las batallas democráticas y las resistencias antiimperialistas.

Asia sudoccidental pasa a ser aquella más invadida directamente por Estados Unidos, junto a la constante ocupación militar de Palestina; y el papel de los kurdos o de Hezbollah. Los intereses, alianzas y roles de países subimperialistas como Turquía e Irán –con ambivalencias–, y aliados históricos del hegemon como Israel y Arabia Saudita. A su vez, estos países dirimen sus diferencias en terceros países, pero no se enfrentan directamente, como tampoco lo hacen las superpotencias.

La rivalidad entre Arabia Saudí e Irán se observa en sus zonas de influencia, con los países del Golfo con un protagonismo en aumento. Se llegó a la coexistencia de dos tipos de integrista en los países de mayoría musulmana, caracterizados en un caso por su colaboración o su hostilidad con los intereses occidentales. El primer tipo es saudí, el antioccidental en el seno del chiísmo es iraní (Achcar, 2015). País donde se sitúan la segunda reserva mundial de gas y la tercera de petróleo, un extenso territorio en una zona clave, lo opuesto a Israel, que no tiene territorio ni población en comparación con el mismo Irán o Turquía, ni ese subsuelo.

Mientras que Afganistán, país estratégico para la OTAN, le ofrecería una ventaja geopolítica única sobre China, Rusia, India e Irán, siendo la plataforma para aplicar la doctrina Wolfowitz, prevenir el surgimiento de un poder regional o global que pueda cuestionar la hegemonía de EE.UU. (Armanian, 2018)

La reconfiguración material se ha verificado en la transformación de las territorialidades a partir de la intervención directa o indirecta (Martinelli, 2020). El concepto de subimperio, ideado por Marini para Brasil, ayuda a jerarquizar los poderes capitalistas en el estado de guerra, latente o permanente. Se trata de actores locales con intereses propios, cuyas interacciones resultan ambivalentes para las superpotencias. Lo ejemplifican casos como el de Turquía, el de oposición a Irán y acercamiento con el tratado nuclear, y de mayor proximidad con Arabia Saudita, mientras que Israel no es un subimperio sino un coimperio.

Israel una alianza coimperial con una “ventaja militar cualitativa”

Las relaciones de Israel con los Estados árabes cambiaron desde el tratado de paz entre Egipto e Israel, mediado por EE. UU. de 1978-79 y el tratado con Jordania de 1994. Recientemente, esbozó un plan sistemático de acercamiento a países árabes, en una llamada “normalización” con Bahrein, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Sudán y Marruecos de forma abierta, así como podríamos sumar Arabia Saudita de manera subterránea (Álvarez-Ossorio, 2020).

En el aspecto geopolítico, EAU es uno de los países más pujantes de la región. Además, es una forma de acercamiento a la costa opuesta de Irán dentro del Golfo Pérsico. Irán es el país opuesto a las prerrogativas estadounidenses desde la Revolución Islámica de 1979 y acaba de firmar en 2021 un tratado de 25 años con China. Este incluye inversión en infraestructura, vías férreas que conectan con Afganistán y Kazajistán, el puerto iraní de Chabahar, los hidrocarburos y la cooperación en los ámbitos culturales, educativos, científicos, legales, legislativos y militares (Vadell, Zaccara, 2020).

El Estado de Israel, en su rol coimperial en la región, asume tres políticas hacia Palestina. Primero, un *Master Plan* de judaización, de desarabización, de generar una mayoría de población judía por una cuestión política y basados en un racismo estructural. Segundo, en Cisjordania, pretende una anexión territorial. Tercero, Israel, único poseedor de armas nucleares en la región y de tecnología militar, irrumpe con asesinatos masivos sobre la Franja de Gaza en 2008-2009, 2012, 2014 y en 2021. Bloqueada por tierra, mar y aire, se transforma en una cárcel a cielo abierto. Israel, comparado con Estados Unidos su *alter ego* (Anderson 2016: 42), este prometió asegurarle una “ventaja militar cualitativa” sobre las demás fuerzas, reales o potenciales, en la zona.

El Nuevo imperialismo en declive

Tras la crisis mundial de 2008, los egipcios, tunecinos, sirios y demás pobladores se rebelaron desde 2011, depusieron así monarquías o gobernantes de larga data. Sin embargo, la contrarrevolución represiva asestó varios golpes a ese movimiento. Las transformaciones de la década del 2010, expusieron como Estados Unidos viró en su política para redirigirla hacia China y Rusia.

La guerra contra Iraq aislaría a Irán como paso previo a su destrucción, quedaban dos regímenes opositores como el libio y el sirio. En Siria se encuentran las únicas bases militares que permitían a Moscú proyectar su poder naval y aéreo sobre el Mediterráneo. La ofensiva del

llamado Estado Islámico contra el régimen sirio –apoyada por EEUU, Israel, Turquía y Arabia Saudita– apuntaba a Rusia y a Irán que, desde Siria, respaldaba a Hezbolla. De ahí la decisión rusa amparada por China, de involucrarse en septiembre de 2015 (Zamora, 2019: 50)

En Siria el conflicto devastó a su población. Mientras Libia quedó en una situación de potencial disgregación y división estatal en tres regiones. Las fronteras terrestres de Irán, que sufrió numerosas sanciones económicas, están cercadas por bases militares de EE.UU.. Se aproxima así al Golfo Pérsico y al Océano Índico, de interés chino (Armanian, 2019).

EE.UU. en Medio Oriente, está en un retroceso, por el incumplimiento de sus planes, de convertir cinco países en catorce o de balcanizar varios Estados. Si debilitó varios países, pero el ingreso de China y Rusia, así como la influencia de Irán modificaron su hoja de ruta. El intento de rediseño imperial presenta reminiscencias con el aplicado por Francia e Inglaterra a principios de siglo XX. EE.UU. trabaja con Israel y Arabia Saudita, que se ha frenado en Yemen, donde masacraron a miles de civiles. Aunque los yihadistas fluctúen en sus relaciones con EE.UU., son usados de forma indirecta y para apuntar contra Irán. Al mismo tiempo, las rebeliones pusieron en cuestionamiento la dominación imperial de la que los gobiernos ejercen un rol principal (Katz, 2021b).

La desestabilización de la región tuvo secuelas terribles. Conlleva el sufrimiento de los refugiados, varias decenas de millones en las últimas dos décadas. El cambio externo ha quedado de manifiesto porque Rusia y China, dos potencias en recomposición, han intervenido en diferentes sentidos en la región, obturando así, junto con las rebeliones populares y el papel de las potencias subimperiales, el intento de dominio estadounidense.

Conclusiones

La implosión de la Unión Soviética, se dirige hacia un desplazamiento geopolítico. La unipolaridad se basaba en la caída de uno de los máximos contendientes durante tres cuartas partes del siglo XX. EE.UU. invade Medio Oriente y Asia central (nuevo imperialismo), y en la última década persigue un cerco más directo hacia China y Rusia. Podemos dividir el periodo desde 2001 a la actualidad en dos, con la crisis del 2008 como un parteaguas. La segunda década del siglo actual, presencié la reincorporación rusa al poder decisorio mundial por su potencial bélico y el resurgimiento chino por el alcance de su maquinaria económica.

El imperialismo estadounidense en la región nodal de Eurasia reorienta su eje en el sudeste de Asia. Busca intimidar a las fuerzas chinas en el Mar del Sur de China, con el desarrollo del “QUAD”, la OTAN asiática, formada por India, Japón, Australia y EE.UU., para

la cooperación militar en la región del Indo-Pacífico. A un movimiento geoeconómico, le responde con una apuesta geopolítica. Así, hasta ahora, entre Medio Oriente y Eurasia, se constituyen como espacios decisivos del sistema mundial. Estados Unidos apuesta a conservar su hegemonía mundial. Intenta mantener la supremacía armamentística desplegada por el mundo, además de una serie de subpotencias socias o seguidoras en momentos clave, y por sus características.

Eurasia renueva su estatus frente al eje atlántico anglosajón (que avizora su declive), frente a esa coalición que pudo evitarse durante la Guerra Fría, pero que ahora se materializó. China está organizando una conexión continental Euroasiática y mundial en varios sentidos, poniendo en cuestión la hegemonía marítima, y por lo tanto estadounidense. El entendimiento con Rusia ayuda a sortear impedimentos, así como impacta ver el nivel de asociación a través de vías férreas, marítimas, gasoductos, oleoductos y puertos, construidos o proyectados, que generan una nueva geografía.

Asia Central y sudoccidental resultan centrales en esa disputa geopolítica y geoestratégica. Sus iniciativas propias y sus características, más sus potencias regionales y el potencial de sus rebeliones populares, exhiben reticencias a su dominación. La BRI en curso, señala una vía férrea proyectada desde China hacia Teherán, Estambul, Berlín, esas relaciones podrían pacificar, están por verse los cambios que redunden en la zona analizada. Si continúa su desarrollo sería factible que puedan recomponerse de parte de su pasado reciente más beligerante. Podríamos sostener que la estrecha alianza chino-rusa es el factor geoestratégico de mayor preponderancia junto a la BRI. Indica la clave de un cambio de época en esta nueva centuria.

BIBLIOGRAFÍA

ACHCAR, G. ¿Puede servir la religión al progreso social? 15 de octubre de 2020.

Recuperado de <https://vientosur.info/puede-servir-la-religion-al-progreso-social/>

ALI, A. Mapped: The World's Top Countries for Military Spending. 15 de mayo, 2021,

Recuperado de: <https://www.visualcapitalist.com/worlds-top-countries-for-military-spending/>

ALVAREZ-OSSORIO, I. La reconfiguración de Oriente Próximo. El País, España, 21 diciembre, 2020. <https://elpais.com/opinion/2020-12-21/la-reconfiguracion-de-orienteproximo.html>

ANDERSON, P. Fuerza y consentimiento. *New left review*, vol. 17, p. 5-30, 2002.

ANDERSON, P. La casa de Sión. *New left review*, no 96, p. 7-42, 2016.

ARMANIAN, N. Trump fusiona en el Golfo Pérsico la doctrina Obama con la doctrina Carter. El País, España, 10 julio 2019 <https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5856/trump-fusiona-en-el-golfo-persico-la-doctrina-obama-con-la-doctrina-carter/>

ARMANIAN, N. La estéril táctica nixoniana de Joe Biden hacia Rusia y China. Público, Madrid, 24 de junio, 2021. Recuperado de <https://blogs.publico.es/puntoyseguido/7215/la-esteril-tactica-nixoniana-de-joe-biden-hacia-rusia-y-china/>

CRUZ, A. China inicia el cambio en la geopolítica internacional. Agencia Prensa Rural, Colombia, 5 de abril, 2010. Recuperado de: <https://www.prensarural.org/spip/spip.php?article3840>

DIERCHXSENS, W.; y FORMENTO, W. El proyecto multipolar por una nueva civilización: El Futuro de la Milenaria Ruta de la Seda. 14 de marzo, 2021. Recuperado de: <https://observatoriocrisis.com/2021/03/14/el-proyecto-multipolar-por-una-nueva-civilizacion-el-futuro-de-la-milenaria-ruta-de-la-seda/>

ENFU, C.; BAOLIN, L. Five Characteristics of Neoimperialism Building on Lenin's Theory of Imperialism in the Twenty-First Century. Monthly Review- An Independent Socialist Magazine, 2021, vol. 73, no 1, p. 22-58.

FERNÁNDEZ, R. Rusia y China firman un acuerdo contra la hegemonía estadounidense. El País, España, 24 de abril, 1997. Recuperado de: https://elpais.com/diario/1997/04/24/internacional/861832818_850215.html

FOROUGH, M. Geographic Agency: Iran as a 'Civilizational Crossroads' in the Belt and Road Geography. *Global Perspectives on China's Belt and Road Initiative*. Amsterdam, University Press, p. 291-314, 2021.

GEJO, O.; REBOTTARO, A.; KEEGAN, G. Geografía de la desglobalización. Portal Coordinadas, 2020. Recuperado de: <http://portalcoordinadas.com.ar/geografia-de-la-desglobalizacion/>

GUIGUE, B. El socialismo chino y el mito del fin de la historia, 29 de noviembre, 2018. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=249582>

KATZ, C. Bajo el imperio del capital. Bogotá: Espacio Crítico, 2011.

KATZ, C. Socialismo y antiimperialismo. 8 de noviembre, 2017. *Recuperado de:* <https://katz.lahaine.org/socialismo-y-antiimperialismo/>

KATZ, C. La indefinición imperial contemporánea. 8 de febrero, 2021. Recuperado de [https://katz.lahaine.org > m=20210208](https://katz.lahaine.org/m=20210208)

KATZ, C. ¿Ocaso, supremacía o transnacionalización? Viento Sur, 3 de febrero, 2021, Recuperado de: <https://vientosur.info/ocaso-supremacia-o-transnacionalizacion/>

KATZ, C. La tragedia de los palestinos se inscribe en el intento estadounidense de recuperar su primacía imperial en el mundo. Entrevistado por Mario Hernández, 1 de julio, 2021. Recuperado de: <https://rebellion.org/la-tragedia-de-los-palestinos-se-inscribe-en-el-intento-estadounidense-de-recuperar-su-primacia-imperial-en-el-mundo/>

KLARE, M. Sangre por petróleo: la estrategia energética de Bush y Cheney. Socialist Register, 2004.

KOOP, A. (2021) The Population of China in perspective. Visual Capitalist, Vancouver, 22 de febrero, 2021. Recuperado de <https://www.visualcapitalist.com/the-population-of-china-compared-with-the-rest-of-the-world/>

MACKINDER, H. El pivote geográfico de la historia. Geopolítica(s) vol 1, nº 2, pp. 301-319, 2010 (1906).

MARTINELLI, M. La reconfiguración simbólica y material del Medio Oriente, en las recientes tres décadas. Cuadernos de Marte, no 18, p. 457-489, 2020.

MARTINELLI, M. El apartheid en Palestina e Israel, una analogía con Sudáfrica. Claroscuro, N° 20, Vol. 1, pp. 7- 27, 2021.

MAZHARI, M. China's Belt and Road Initiative can change regional balance: Turkish expert. Tehran Times, Irán, 23 de abril, 2021. Recuperado de: <https://www.tehrantimes.com/news/460123/China-s-Belt-and-Road-Initiative-can-change-regional-balance>

MAZZEI, U. El ocaso del atlantismo. 4 de abril de 2021. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/211774>

MEARSHEIMER, J. Es posible una guerra entre Estados Unidos y China en 2021. 25 de julio, 2020. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/john-mearsheimer-es-posible-una-guerra-con-china-en-2021-estados-unidos.phtml>

MERINO, G. El ascenso de China y las disputas estratégicas en los grupos dominantes de los Estados Unidos. *Cadernos PROLAM/USP*, 19 (37): 44-77. 2020 <https://www.revistas.usp.br/prolam/article/view/169135>

PIQUERAS, A. Capitalismo en derrumbe: Geoestrategia del caos, 17 de julio, 2019, recuperado de: <https://observatoriocrisis.com/2019/07/17/capitalismo-en-derrumbe-geoestrategia-del-caos/>

PIQUERAS, A. Occidente contra Rusia y China. Observatorio de la Crisis, 9 de septiembre, 2020. Recuperado de: <https://observatoriocrisis.com/2020/09/09/occidente-contra-rusia-y-china/>

POLO, H. Retorno a la Ruta de la Seda. *El Viejo topo*, no 310, p. 40-45, 2013.

SERFATI, C. Las teorías marxistas del imperialismo. Viento Sur, España, 4 de junio, 2018.

Recuperado de: <https://vientosur.info/las-teorias-marxistas-del-imperialismo/>

SMITH, A. La rivalidad geopolítica de EE UU y China en el siglo XXI. Sin permiso. 31 de agosto, 2019. Recuperado de <https://www.sinpermiso.info/textos/la-rivalidad-geopolitica-de-ee-uu-y-china-en-el-siglo-xxi>

<https://www.sinpermiso.info/textos/la-rivalidad-geopolitica-de-ee-uu-y-china-en-el-siglo-xxi>

VADELL, J.; ZACCARA, L. El histórico acuerdo China–Irán en el tablero geopolítico asiático. Perfil, Argentina, 17 de agosto, 2020. Recuperado de:

<https://www.perfil.com/noticias/internacional/historico-acuerdo-china-iran-tablero-geopolitico-asiatico.phtml>

ZAMORA, A. La geopolítica mundial pivota en Asia. Papeles, n. 146, p. 47-56, 2019.

ZHANG, Z. The belt and road initiative: China's new geopolitical strategy? *China Quarterly of International Strategic Studies*, vol. 4, no 03, p. 327-343, 2018.